

## Final Robado

En el último fin de semana se han producido tres robos en los alrededores de mi vida cotidiana. Todos suceden a la misma hora aproximadamente, el sábado entre las 10 y las 12 de la noche, mientras los propietarios de los objetos robados se divierten en una fiesta. Dos de los robos se producen simultáneamente en los lugares donde transcurren las fiestas. Los invitados bailan, comen, se divierten inocentemente y mientras tanto uno de ellos se apropia de los respectivos objetos: 150 dólares de una bolsa que esperaba paciente el término de la fiesta en el cuerto trasero, en una; un abrigo de piel alevosamente desplegado encima de la cama que reposaba junto y probablemente sobre los demás, en otra. Al mismo tiempo los cristales de la ventana de una casa son rotos, el seguro descerrajado y los objetos de valor de la casa desaparecidos en el sigilo de la noche. Nadie oyó nada. Este último es el más convencional: la ventana da al porche y éste a un jardín. Es un primer piso. El perro de enfrente no ladró y los propietarios, que no habían salido a una fiesta desde que nació el bebé siete meses atrás, lloran desconsolados la pérdida de su escasa fortuna. En las casas donde se celebraron las fiestas nadie se explica el hecho. ¿Un grupo de amigos se reúne con motivo de festejar un cumpleaños y alguien elige llevarse precisamente el abrigo de la homenajeadada? Parece imposible. Otro cumpleaños: una pareja, desconocida para la mayoría, es invitada a la fiesta por razones indirectas. La pareja, que está de vacaciones, lleva una cantidad inusual de dinero en la cartera. Nadie los conoce, todos ignoran este último detalle. Los propietarios de la casa no saben como disculparse de tamaño incidente. ¿Tendrán que reconocer que entre sus amigos hay un ladrón, o quizás un cleptómano?

Ustedes se preguntarán cuál es el elemento en común entre estos tres robos. La relación entre dos de ellos es obvia, con el tercero no es tan clara. En realidad lo que los acerca es simplemente el hecho de que yo tengo algo que ver con los tres. Salgo de mi casa hacia las 9 de la noche del sábado, dos horas después que mis vecinos en la casa de al lado. Y vuelvo a la 1:30 de la mañana una hora más tarde que ellos, cuando los trámites con la policía están cerrados. Llego a la primera fiesta a las 9,30 y salgo de allí a las 12 de la noche para dirigirme a la otra fiesta donde llego a las 12.15, casi cuando la gente se está retirando y salgo con los últimos invitados, pasada la una de la mañana. A la mañana siguiente mis vecinos, desconsolados, me avisan de que su casa ha sido desvalijada. Teniendo en cuenta que la disposición de mi casa y el estado de mis ventanas es muy similar al de su casa ¿debo esperar que la mía sea la próxima? Unas horas después una llamada telefónica me pone al corriente de la desaparición misteriosa del abrigo. Un día después otra, sobre el robo del dinero.

La intuición me dice que una misma persona (o grupo de personas) está involucrada en esta cadena de desapariciones desafortunadas. Así que me dispongo a investigar la relación entre las tres. Rememoro con cuidado la lista de invitados en las dos fiestas. Para mi asombro descubro que la única persona que asistió a ambas soy yo. Debo descartar entonces la posibilidad de un invitado común con pretensiones de ratero. Sin embargo esto me da la pista de que yo tengo algo que ver con todo ello. No estoy diciendo con esto que yo soy responsable de nada, por supuesto, sino no habría misterio que descifrar. Más bien se me ocurre que yo soy el móvil, o inocente intermediaria de los robos. ¿De qué forma? Mis vecinos han salido a cenar, y alguien que me conoce sabe que yo también voy a salir. Las dos casas quedan vacías a disposición del ratero (o grupo de rateros). Sin embargo, puesto que me conoce y sabe las condiciones idóneas de mi casa (y la de mis vecinos) decide probar suerte cuando estamos

fuera, sin ensañarse conmigo claro, ya que gracias a mí, está en disposición de la información pertinente y además he sido tan gentil de dejar el espacio a su disposición, al mismo tiempo que mi vecinos, para así facilitar la tarea.

Mi intuición me dice que después de asegurarse de que estoy ya cómodamente instalada en la primera fiesta, vuelve rápidamente a mi casa y con ayuda de alguien desvalija el apartamento de mis vecinos, dejando los objetos a cargo de sus colegas. Todavía tiene tiempo de volver a la fiesta y, en el frenesí del baile, introducirse en el cuarto trasero para hacer una oportuna llamada telefónica. La gente aquí es muy educada y cuando alguien habla por teléfono, se retira prudentemente para no interferir en la intimidad del hablante. Así tiene libertad absoluta para registrar todos los bolsos de mano abandonados en la habitación y retirar la cantidad que más le conviene. Terminada la conversación telefónica, me sigue a la segunda fiesta y, según cuentan los rumores de los invitados, sustrae el abrigo sin entrar abiertamente a la casa; aprovecha que la puerta del porche ha quedado abierta para cualquier invitado que aparezca, y que el cuarto más próximo a ésta es aquél en el que han sido depositados los abrigos. Probablemente entró como un invitado más, vio el abrigo ostentosamente desplegado y decidió llevárselo sin entrar, aprovechando que nadie lo había visto todavía.

Dadas las circunstancias expuestas, me queda averiguar cuántas personas estaban al corriente de mi trayectoria nocturna. En efecto, más de una. Entonces quizás debo seguir la investigación por tratar de recordar o preguntar quién desapareció de la primera fiesta por un par de horas mientras yo estaba allí, y por lo tanto mi casa quedaba vacía, quién habló por teléfono en el cuarto trasero y quién salió de allí justo después que yo.

He estado haciendo algunas preguntas aquí y allá y por supuesto muchas personas sabían mis planes de aquella noche, nadie reuerda quién entró y salió después de mí en la primera fiesta y, claro, varias personas hablaron por teléfono aquella noche pero nadie se acuerda ni le importa quienes fueron. Además tantas pesquisas empiezan a perjudicarme y ya andan murmurando que estoy obsesionada y paranoíca con los robos. Me aconsejan que me cambie de casa si lo que temo es que me roben como a mis vecinos. En cuanto a los otros dos, nadie entiende porque les doy tanta importancia si al fin y al cabo yo no fui la perjudicada en ninguno de ellos y algunos consideran que es una falacia, que encubre cierta arrogancia y un oculto afan narcisista, pensar que estos tres robos están relacionados y tienen algo que ver conmigo....

La prueba de que yo no estaba equivocada la tuve algún tiempo después, cuando decidí escribir la historia tal y como ocurrió, aun sin haber encontrado al responsable o responsables y sin tener un final que añadir a ésta. En ese estado inacabado, y tal y como la acabo de transcribir aquí, estaba mi historia cuando un suceso extraño vino a completar los otros tres.

La fiesta esta vez tocaba en mi casa, celebrábamos el fin de año, comimos las uvas tradicionales y bailamos hasta altas horas de la madrugada. Pasé todo el día siguiente en la cama, enferma con resaca y sólo al atardecer me levanté para recoger los restos de la invasión de la noche anterior. Varios días después recordé mi historia inacabada porque descubrí algunas pistas relacionadas con los robos. Msteriosamente tuve una intuición que me hizo creer que el ladrón había estado en mi casa o quizás todavía lo estaba. Corrí a mi escritorio para retomar mi narración y mi sorpresa fue mayúscula al descubrir que había desaparecido, no pude encontrarla por ningún lado, se la había tragado la tierra. Claramente alguien se la había

llevado durante la fiesta confirmando así mis sospechas y advirtiéndome al mismo tiempo de que era mejor olvidar el asunto. Mi cuento no podría tener final; ahora ni siquiera tenía principio. Quedé asustada y descorazonada pero no me dejé amedrentar por el aviso y, como pude, reescribí la historia, ahora en perspectiva, para dejarla otra vez inacabada, aunque esta vez definitivamente....

Isolina Ballesteros ©. 2001

